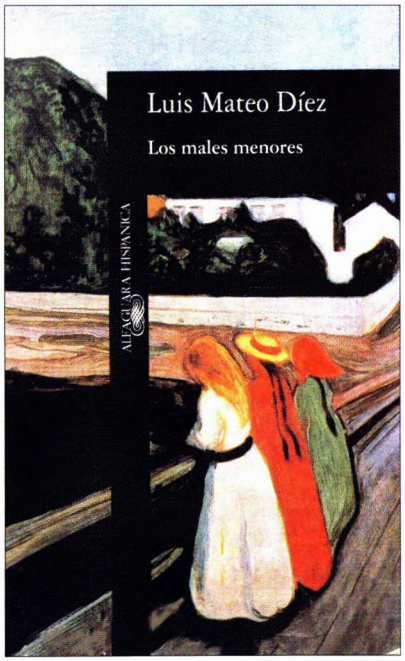
# Los males menores

# Luis Mateo Díez

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Lo singular de la literatura de Luis Mateo Díez es que cada uno de sus libros entrega alguna lección fundamental, de hondo calado, que resulta un tesoro para sus lectores, sin que por ello él se desmelene, ni pierda su proverbial compostura, dibujada con ese sutil y amable aire de despiste, que nada tiene de verdadero. Si alguno de quienes escriben cuentos o novelas en la España de hoy es poco o nada despistado, ése es Luis Mateo Diez. Pero engaña a muchos el hecho de que su obra y su modo de comunicarla a su público no contenga gestos grandilocuentes, alardes, ni grandes palabras. Tampoco campañas de recogida de lectores de aluvión, de esas que llenan las barranqueras de agua, por lo común turbia, porque arrranca a la par lectores y lodo. Lo de Luis Mateo Díez es lluvia fina, y cala hondo por eso mismo.




He elegido *Los males menores* (1993) como genial libro de cuentos, de entre los más memorables del siglo XX, junto con otros nueve libros. Y me piden que escriba sobre él. No quiero hacerlo como crítico esta vez, ni como teórico de la literatura, sino como lector, que aspiro a no dejar de ser en ningún caso cuando practico los otros dos quehaceres (¡ay del teórico o crítico que deja que su alma de lector la venda el diablo de la profesión!). Daré por tanto cuenta de qué es lo que me atrae una y otra vez de este libro, que he leído varias veces en los tres últimos años.

Ciertamente no habría repetido tanto su lectura de no ser tan cómodo hacerlo, porque "Los males menores" es un racimo de treinta y cuatro microrrelatos incluido como segunda mitad en el libro del mismo título, que acompaña a otro racimo titulado "Álbum de esquinas". Me referiré solamente al primero de ellos, el titulado propiamente "Los males menores", por entender que tiene una urdimbre muy sólida que le hace formar un conjunto unitario, y es la parte en la que pensé cuando lo voté. Pero la relectura no la mueve solamente la comodidad. Sobre ella prima otro reclamo, que al principio no sabes qué es, pero que te hace volver a él con fuerza irresistible. Quiero explicarme a mí mismo la razón de esas vueltas. Pero por de pronto está eso mismo del volver que ya es una buena prueba de virtud; le ocurre a pocos libros de prosa lo que es más común que ocurra con los de poemas, volver sobre él, a releerlo. Cuando un libro de relatos consigue ser releído tanto como leído (eso les pasa a los de Chéjov, Poe, Cortázar, Kafka, y a éste de Luis Mateo) es porque les ha ocurrido como a los buenos libros de poemas: trascienden su anécdota o su momento, se instalan en la necesidad que muchos lectores tenemos de que la literatura nos diga de cuando en cuando su eterna canción, como si fuese un estribillo de complicidad, de reconocimiento de las mismas notas, que solamente ciertos libros suscitan.

Y ¿qué estribillo de la eterna canción literaria dicen

© Ricardo Sánchez

existencia, sin que apenas lo que les ocurre vaya precedido por nada y vaya a otra parte, se mueve en el círculo en cuyo centro se produce el encuentro de un personaje con su destino. Es como Teseo y el minotauro. Con Borges de espectador.

Ellos no lo saben pero de repente, viajando en un tranvía, leyendo una carta, asistiendo a un vecino, comprobando la procedencia de un ruido, admirando el pendiente de una mujer o fisgando en una papelera, se dispara el mecanismo que comunica a cada personaje con un mundo que desconocía, que está poblado de azares e imprevistos, y que, junto con ese disparador o dispositivo de arranque, modifica completamente sus vidas. Qué gran lección: los sueños y las fantasías que constantemente urdimos son parte de nuestra cotidianidad, en efecto, y nos abren a insospechadas fronteras que están muchas veces más allá de nuestra racionalidad. Lo que consiguen los microrrelatos de *Los males menores* es hacernos visitar esas fronteras y por tanto dibujar la misma elipse, el trazo que la gran literatura perpetra siempre. No deja de ser un estribillo que reconocemos una y otra vez, pero que forma la canción que nos gusta repetir como lectores. Un mediocre profesor puede acceder a la belleza de todo el pasado en la figura de una descendiente a la que dedicará sus investigaciones y su vida, una víctima del asesino equivocado siente remordimientos por el capricho del azar, otro espera su turno para ser arrojado al mar en un barco a la deriva (¿no es la vida eso?), un amante puede vengar un despecho con la afrenta de revelar un lunar escondido. Cualquier personaje resulta o salvado o condenado en el instante decisivo en que lo inesperado, lo azaroso o lo inevitable irrumpe en su vida y la modifica. Que esa lección sea la de todo cuento es lo mismo que decir que por la aorta de este libro llegamos al centro mismo, al corazón de la literatura ◘

estos cuentos de Luis Mateo Díez? Que no hay ficción pequeña. Y no me refiero solamente a su tamaño de relatos muy breves. Me refiero a la urdimbre más honda que los cohesiona y trama. Estos cuentos vienen a decirnos que no hay hombre, anécdota, tema, situación que no albergue en su interior todo el mundo de la imaginación, y que este mundo, siendo como es enorme, vasto y denso, puede estar encerrado no sólo en pequeños microrrelatos, sino, esto es más importante, en el pliegue casi anónimo de sus criaturas, que son sorprendidos en cada situación de su vida por un golpe de gracia del azar, la sorpresa, lo imprevisto, o bien caer en las redes de lo deseado o lo temido o lo hurtado a toda racionalidad.

El motivo central que da unidad a la mayoría de los cuentos encerrados en este libro es precisamente ese, la gran lección de Kafka, que el sueño y la fantasía comunican con el quehacer cotidiano, con cada instante de la vida de sus personajes, hasta modificar radicalmente su